

Textos exposiciones

trozos de noviembre, (*Eva Koch-Fernando Baena*, Galería Magda Bellotti, octubre-noviembre de 2003), *Ubicarte, noviembre de 2003*

El arte tiene la obligación de asaltar cualquier medio nuevo, simplemente técnico, para hacer irrumpir ahí el embrujamiento de lo informe. Al margen incluso de la voluntad de los autores, creo que lo que se logra en esta exposición es el encanto de una narración que flota sin sujeto, que nos rehace desde su desfundamiento. En el acabamiento de una *obra* que no sea simplemente *texto* (contexto, diría con su habitual ironía Simón Marchán) hay algo de un derrape de sentido en el cual el resultado se hace independiente de los planes previstos. Ocurre entonces que un exterior sin narración modifica el agotador sistema social de los signos.

Tanto a la manera de Eva Koch como a la de Baena, el surgimiento de otra narratividad se produce desde el propio misterio que brota de un acontecimiento que interrumpe la imperial cronología que nos acosa. La primera tarea del arte, para arrancar la sensación de la opinión, es hoy interrumpir la velocidad del tiempo social. El silencio tiene en la época del estruendo una extraña fecundidad. Y en estas dos instalaciones hay silencio. Lo hay en la ambivalencia del mensaje, lo hay en el mínimo suceso narrado y también en el temblor que nimba a todos los cuerpos tangibles, sean personas, cosas o palabras.

En el *NoMad* de Koch la gente desconocida que atraviesa una barrera en la marea baja, saltando sobre la espuma, mojándose en un día ventoso con el arrullo del mar de fondo, compone un fresco de esta multitud actual que, fuera de nuestro confort, sólo puede ofrecer el misterio de sus siluetas vacías. La cámara que barre sucesivamente el espigón recorre también una multitud sin individuos que comparte la pobreza de unos límites, de un rito terrenal.

Hace poco decía Godard que en todo lo humano es preciso una historia, hasta en las películas porno. Pero si nuestro entorno cultural es con frecuencia desolador es porque su historia no nos arrastra, al ser algo perfectamente previsible, ya que nada del exterior ha irrumpido en ella. Aquí sin embargo una pequeña épica nos pone en suspenso, tal vez porque el propio autor se vio también arrastrado a una experiencia cuyo resultado era incierto. En el caso de Eva, la circularidad del barrido óptico hace de una historia donde no pasa nada y al mismo tiempo todo algo interminable. En el caso de Baena, cada paseo compone el círculo de un enigma, un punto de fuga que se pierde en el fondo del paisaje, en la cadencia de las palabras, en las sombras de cada objeto.

Caminamos para poder hablar, como si pasos y palabras escalaran la misma maraña de signos. En *Caminos de Fernán-Núñez* la cámara de Baena explora lo real al ritmo de un paseo donde la lejanía de cosas, canciones y vidas pasadas se concentra en un solo plano que oscila. Las afueras, las circunstancias y la luz del momento, el paisaje misterioso que se ensancha y cambia con el ángulo de la cámara, lo distante y lo cálido de la historia componen una llovizna. Todo es modulado con la voz de Anna Giméin, duplicada en el texto sobreimpreso que ensancha aún más el horizonte. Anna se para, respira, despide el humo de un cigarrillo. El tiempo diferido de lo que cuenta carga el entorno con una indecisión que ya latía en la tierra, pero que ahora se funde con el latido de los perfiles, el suelo de gujarros, el cielo que dormita.

Madrid, 29 de octubre de 2003.